

VIAJE AL CORAZÓN DE LA URSS

FRANCISCO FUSTER

Como sucede a menudo con las efemérides, la conmemoración en 2017 del centenario de la Revolución rusa servirá para volver sobre la influencia que este hecho histórico tuvo en nuestro país y, ligado a esta, sobre la fascinación que la recién creada Unión Soviética ejerció sobre la intelectualidad española del momento. Es en este contexto en el que hay que situar la oportuna reedición —primera desde su publicación original en 1934— de *Madrid-Moscú: Notas de viaje, 1933-1934*, del escritor y periodista aragonés, Ramón J. Sender (1901-1982), por parte de Fórcola Ediciones, que el año pasado ya abrió la veda con la publicación del sugerente y documentado ensayo de Andreu Navarra, *El espejo blanco: viajeros españoles en la URSS*, donde el autor da un repaso exhaustivo a los testimonios de aquellos escritores e intelectuales que, atraídos por las noticias que aquí llegaban desde el antiguo Imperio ruso, decidieron viajar al lugar de los hechos y dejar por escrito sus impresiones. Es el caso de un Sender que, tras un primer periodo vital que podríamos calificar de ácrata y revolucionario, muy influido por sus lecturas anarquistas de juventud, se fue acercando progresivamente al comunismo, a raíz de la publicación en la prensa de su famosa serie de artículos sobre los sucesos de Casas Viejas y, sobre todo, de su participación en un par de iniciativas de índole inequívocamente procomunista que pronto llamaron la atención de las autoridades soviéticas. El resultado de esta evolución ideológica fue la invitación que la

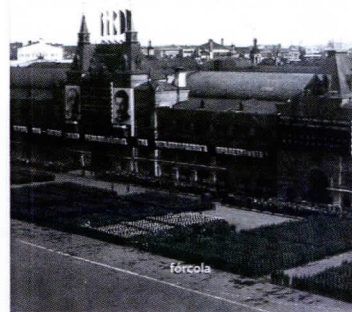
Internacional Comunista (Komintern) cursó al escritor para que visitara la URSS durante el verano de 1933; invitación que nuestro autor aceptó encantado y que dio lugar a una estancia rusa durante la cual se produjo su conversión definitiva al comunismo, como atestigua la serie de crónicas que Sender fue publicando en el periódico *La Libertad* (entre el 27 de mayo y el 13 de octubre de 1933) y que, pocos meses después, y debidamente corregida y aumentada, se convirtieron en el libro *Madrid-Moscú*, impreso por la Editorial Pueyo en 1934.

Como señala José-Carlos Mainer en el excelente prólogo que enriquece esta nueva edición, de la lectura de sus notas de viaje se deduce claramente que la actitud de Sender hacia los errores cometidos por el régimen comunista (los millones de campesinos muertos de hambre como consecuencia de la colectivización forzosa de tierras, los desequilibrios provocados por la planificación de la economía o la represión ejercida durante la peor época del terror estalinista) fue muy ambigua. Aunque él trató de ejercer como un periodista riguroso y desapasionado, en su análisis de la realidad soviética apenas hay autocrítica y compasión hacia las víctimas del régimen, como si el fin de ese paraíso terrenal que prometía el comunismo justificase los medios empleados por Stalin para llevar a cabo su particular “revolución desde arriba.” En

RAMÓN J. SENDER
MADRID-MOSCÚ

Notas de viaje, 1933-1934

Prólogo de José-Carlos Mainer



ese sentido, y pese al esfuerzo por mostrarse como un hombre curioso y abierto, libre de prejuicios, lo cierto es que el relato senderiano parte de unos presupuestos ideológicos y morales que el autor ya traía consigo desde España y se mantienen inalterables durante los meses que duró su viaje. Desde este punto de vista, *Madrid-Moscú* es un libro ideal para, a través del ejemplo de su autor, revivir aquel periodo en el que muchos intelectuales apostaron decididamente por la defensa de una alternativa a las democracias liberales capitalistas de la que, poco después, casi todos ellos abjuraron. En el caso concreto de Sender, fue el desgarró que

para él supuso la Guerra Civil —en la que murieron asesinados su mujer y su hermano— lo que marcó el final de su idilio con el comunismo. Aunque durante su exilio

Para el Sender de 1933 parece que el fin, el ‘paraíso terrenal’ que prometía el comunismo, justificaba los medios empleados por Stalin

en Estados Unidos siguió defendiendo la República hasta el final, terminó desengañándose y admitiendo, como otros intelectuales europeos de su generación, el fracaso de aquella ilusión que él mismo había alimentado.